
La Universidad de Guadalajara, una reflexión de casi un siglo

José María Muriá
El Colegio de Jalisco

*A la memoria de José G. Zuno,
fundador de esta Casa de Estudios*

No es casual que la universidad pública de Jalisco sea la única de todo el país que no lleva el nombre de su estado, sino el de la capital del mismo. Es nuestra una entidad federativa en la que se repiten con creces los esquemas salvajemente centralizadores que, desde el Distrito Federal, se han impuesto a toda la nación y que, por cierto, tanto criticamos los tapatíos.

De ahí que, según esta perspectiva, resulten mucho más valiosos y meritorios los esfuerzos que se hicieron hace dos décadas para emprender el difícil proceso de descentralización de la universidad que, si bien está muy lejos aún de llegar a los niveles que se requerirían, hemos de reconocer que se han dado pasos sumamente importantes.

No nos hemos puesto de acuerdo acerca de la antigüedad de la Universidad de Guadalajara. Los amantes de lo rancio y con una cierta vocación más o menos recóndita por volver a los tiempos de la dominación española –aquellos que, en el fondo de su corazón, se duelen un tanto por no haber nacido en la Península Ibérica y tienen, además, una cierta vocación clericaloide–, despliegan con entusiasmo la idea de que esta Casa de Estudios nació en 1792, gracias a la gestiones del obispo Antonio Alcalde y Barriga, el llamado “Fraile de la Calavera”. No obstante, pocos

saben quién fue el primer rector de aquella universidad –José María Gómez y Villaseñor– y que la fecha precisa de su apertura fue el 3 de noviembre.

Se trata en realidad de la Real y Literaria Universidad de Guadalajara, nacida después de una centuria de trámites, que fue fundada con la venia de Carlos IV, uno de los peores monarcas de su dinastía, ya de por sí pésima toda ella. Su vida además fue muy corta y llena de interrupciones debido a su afiliación con las ideas hegemónicas durante la época colonial.

Aquí cabría preguntarse cuántas veces se ha visto en Guadalajara alguna celebración del hecho aquel, de no haber sido –de manera excepcional– cuando hubiera cumplido –si hubiera sobrevivido– sus dos primeros siglos de vida. Lo cierto es que aquello que ocurrió la tarde del día 3 de noviembre 1992, en lo que hoy es la Biblioteca Iberoamericana Octavio Paz, se produjo porque en ese preciso momento convenía a ciertos intereses llamar la atención sobre lo que aquí estaba haciéndose, pero a muy pocos convenció.

En aquella ocasión, de la que casi nadie se acuerda tampoco, el discurso principal estuvo a cargo del entonces secretario de Educación Pública, el doctor Ernesto Zedillo Ponce de León, y su pieza oratoria resultó tan poco oportuna y de tan escasa calidad que tal vez el olvido resulte lo mejor para todos.

Quienes creemos en la capacidad y la calidad que tiene nuestro país para darse nuevas, fuertes y autóctonas instituciones, estamos picados de nacionalismo y, dicho sea de paso, conocemos más o menos bien la historia de la educación superior de Jalisco, no vemos mayor conexión y parecido entre aquella universidad y la actual Casa de Estudios, más que el nombre: Universidad; pero con el agravante de que hoy la palabra “universidad” se entiende como una vocación por lo universal y hace doscientos años *universitas* o *universitatis* se refería más bien a una corporación o claustro. En consecuencia, este añejo concepto resulta ser sumamente cerrado y elitista, mientras que la nuestra es y debe seguir siendo una universidad abierta y popular.

Es evidente que todos los universitarios de hoy reconocen claramente que su primer rector fue Enrique Díaz de León, natural de Ojuelos de Jalisco, cuando el gobernador de la entidad, José G. Zuno Hernández, fundó la Universidad de Guadalajara el 12 de octubre de 1925, como resultado de la vocación “revolucionaria” de que el mayor número posible de gente pudiera tener acceso a las aulas superiores, además de que tuvieran cabida en ella todas las ideas.

Como diría el propio Enrique Díaz de León en su discurso de inauguración, el mero 12 de octubre en el Teatro Degollado, se trataba de hacer una universidad cabalmente distinta de aquel “claustro de caracol” que retenía en sí el “rumor de las disputas escolásticas”. La institución que nacía entonces habría de partir del precepto de que es el Hombre la medida de todas las cosas.¹

Bien lo percibió Carlos Ramiro Ruíz Moreno en 1992, cuando dijo que “en 1925 se pretendía a todas luces borrar la imagen medieval de la Real y Literaria Universidad de Guadalajara [...] negándole rotundamente cualquier posible nexo con la naciente Casa de Estudios”.²

De cualquier manera, como lo subraya David Piñera, de la Universidad Autónoma de Baja California (UABC) y gran estudioso de las universidades oficiales mexicanas, el grupo que trabajó para la fundación de la Universidad de Guadalajara fue uno de los que manifestó con mayor claridad y consistencia el espíritu revolucionario y una mayor conciencia de los cambios que deberían plantearse en la universidad y en la sociedad.³

Viejos universitarios como José Montes de Oca y Silva, quien al mediar el siglo era una especie de *factotum* de la Casa de Estudios, decía que uno de los mayores aciertos de Zuno fue precisamente nombrar rector al diputado y director de la Escuela Preparatoria de Jalisco, Enrique Díaz de León, quien desde el principio estableció un buen nivel en los actos públicos universitarios y dio muestras de saber qué hacer.

1. Enrique Díaz de León. “Discurso de Inauguración de la Universidad de Guadalajara”. *Cuadernos Universitarios*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara, año I, vol. I, t. 4., 1948, pp. 13-20.
2. Carlos Ramiro Ruiz Moreno. *Apuntes para la historia de la Universidad de Guadalajara*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 2001, p. 67.
3. David Piñera. “El surgimiento de universidades estatales en la ‘Postrevolución’”. Ponencia ante el X Congreso del Consejo Mexicano de Investigación Educativa. Veracruz, septiembre de 2009.

El citado discurso fundacional, por ejemplo, resultó sumamente aplaudido y durante mucho tiempo se mantuvo como una referencia constante en la vida universitaria. Véase alguna de las frases que le dedicó el periódico *El Informador*, de la ciudad de Guadalajara:

Un gran silencio precedió a las frases del Rector, cuya voz lentamente fue adquiriendo vigor y una admirable plenitud de expresión, hasta llegar a captarse hondamente la atención de todo el auditorio. Frases magníficas, frases profundamente expresivas revelando la amplitud de espíritu, fueron las que pronunció ayer el señor Díaz de León, haciendo que durante diversas ocasiones se le interrumpiera con sinceros aplausos arrancados al público tras de la anunciación de conceptos que solo pueden encontrarse en los espíritus altamente cultivados.⁴

4. *El Informador*. Guadalajara, 13 de octubre 1925.

No obstante, varias de las ideas principales del discurso ya se habían manejado abiertamente en las anteriores sesiones de trabajo realizadas para disponer lo necesario para la fundación. De ello da muestras la Ley Orgánica que aprobó el Congreso del Estado a instancias del propio Díaz de León, en la cual no fue únicamente su mano la que intervino. Tales eran, por ejemplo, la insistencia en que habría de divorciarse por completo de todo lo concerniente a la Real y Literaria Universidad, ya desaparecida por completo 75 años atrás, y sobre todo la intención de que prestara un servicio social “por encima de cualquier interés individual”, procurando que sus universitarios no consideraran su profesión como un simple patrimonio personal para explotarlo en su provecho exclusivo, “sino como una función de servicio público”.⁵

5. José Montes de Oca. “Enrique Díaz de León”. *Cuadernos Universitarios*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara, año I, vol. I, t. 4, 1948, p. 6.

Los primeros años de vida de la nueva Casa de Estudios resultaron muy poco tranquilos y propicios para el estudio. Jalisco no fue un estado propiamente revolucionario en el sentido de que no hubo una participación muy activa de sus hijos en la contienda armada, especialmente durante los primeros tiempos de ésta, en cambio, perduraría muchos años una agitación

política muy intensa que llevaría y traería diferentes gobernadores y, por consecuencia, continuados cambios de gabinete y de rector.

Más aún, antes de 1914, bajo la batuta del Partido Católico, el estado sufrió una suerte de involución; al extremo de que se prescindiera de algunas de las conquistas liberales plasmadas en la propia Constitución desde 1857 o incluidas posteriormente en ellas como parte de la Reforma.

Justamente, fue a partir del 8 de julio de 1914 –cuando el ejército del noroeste encabezado por Álvaro Obregón se posesionó de Guadalajara– que la revolución empezó a sentirse y las inquietudes de transformación locales pudieron empezar a manifestarse abiertamente. De ahí que con el tiempo, Jalisco contribuyera sobremanera a consecuciones de importantes cambios en toda la nación y, en muchos aspectos, como es el caso de los culturales, sería de los estados que marcarían la pauta.

Pero no hay que perder de vista que el sustrato católico conservador no tan sólo no fue borrado del mapa, sino que mantuvo la entereza para hacerse presente en ocasiones puntuales y oportunas para evitar la aplicación de ciertas leyes anticlericales y, en su momento, saltar a la palestra con singular energía, incluso recurriendo a las armas, como ocurrió con los llamados cristeros entre 1927 y 1929, y oponiéndose a la educación socialista a partir de 1933.

En efecto, la vocación gubernamental por la llamada “educación socialista”, sostenida en el ámbito universitario de Jalisco por el Frente de Estudiantes Socialistas de Occidente (FESO), dio lugar a una fuerte reacción de las clases acomodadas y más conservadoras, y le dio vida, a fin de cuentas, a la llamada Universidad Autónoma de Guadalajara (UAG). En ésta campearía la Federación de Estudiantes de Jalisco (FEJ), que luego se convertiría en uno de los brazos armados de los famosos Tecos, aquella siniestra organización que, amparada en el secreto, mantendría la “pureza” ideológica de la llamada “primera universidad privada de México”.

Las trifulcas hicieron inevitable la clausura de la universidad pública a finales de 1933, que duró cuatro meses, y otra en octubre del año siguiente, que dio lugar a la creación, el 24 de febrero de 1935, de la Dirección General de Estudios Superiores. Su titular sería Constancio Hernández Alvirde, un distinguido abogado que se esmeró en preservar la misma tónica de las escuelas que estaban bajo su férula, de manera que, en esencia, sus funciones no se diferenciaron gran cosa de las correspondientes a la Universidad.

Esta gata, que no era más que la misma aunque revolcada, habría de sobrevivir hasta el 22 de julio de 1937, cuando se convirtió de nuevo en Universidad de Guadalajara y, desde entonces, su vida académica se ha visto interrumpida sólo ocasionalmente y por periodos muy cortos.

El último fue al mediar el año 1989, cuando se empezó a arremeter desde la nueva cúpula contra viejas y gangsteriles estructuras que defenderían sus prebendas como “gato patas p’arriba”, y se abrió el cauce para la importante transformación que se emprendió a partir de entonces.

Desde que Jesús González Gallo gobernó Jalisco de 1947 a 1953, Agustín Yáñez que lo sucedió, y todos los gobernantes posteriores, hasta 1995, unos más, otros menos, sin excepción, procuraron acrecentar el subsidio y el patrimonio de la Universidad de Guadalajara, que llegó a registrar casi doscientos mil alumnos; sin embargo, más de la mitad de éstos eran de nivel “preparatoriano”, en tanto que el resto de los estudiantes se concentraba casi exclusivamente en las diferentes licenciaturas, dado que los estudios de posgrado eran relativamente recientes y tenían una inscripción muy reducida, aunque en crecimiento constante.

Vale recordar que durante la década de los cincuenta, la ciudad de Guadalajara tuvo el mayor crecimiento de que se tiene noticia al pasar de cuatrocientos mil a ochocientos mil habitantes, y que los años sesenta tampoco cantaron mal las rancheras.

Además de los deseos de que la educación superior fuese cada vez más generalizada, la Universidad fue motivo de especial atención por la capacidad de alterar la tranquilidad pública, como lo hizo en más de una ocasión, con base especialmente en la organización estudiantil que era entonces mayoritaria y durante muchos años oficialmente reconocida: la Federación de Estudiantes de Guadalajara (FEG).

La FEG había substituido al FESO a poco de haber mediado el siglo XX y metieron en ella sus narices varias fuerzas políticas locales. A finales de los años cincuenta y a principios de los sesenta, un grupo conocido como “La Mafia”, encabezado por Carlos Ramírez Ladewig –hijo del exgobernador Margarito Ramírez–, fue desplazando de la organización y de la Universidad a otros vástagos de exmandatarios locales que coincidían en aspirar al dominio de la Casa de Estudios.

Primero se apartó a José G. Zuno Arce, el famoso “Pepe”, que acabó preso en 1959 en el campo Militar número 1 del DF y luego quedó prácticamente confinado en Tuxpan, Jalisco, y sus alrededores. Después tocó el turno a J. Jesús González Gortázar, “El Chacho”, quien fracasó en el intento de hacerse del control de la Universidad con base en una nueva organización estudiantil: la Federación Revolucionaria de Estudiantes Universitarios (FREU). Fue sometido a fin de cuentas con unos cuantos golpes bien asestados y una serie de “posicionamientos” y dádivas.

Finalmente, Ramírez Ladewig alcanzó un control casi absoluto, no sólo de los estudiantes universitarios, sino también de la Escuela Normal de Jalisco y, las escuelas secundarias del sistema educativo estatal, mediante una eficiente combinación de irrestricta fidelidad al gobierno con una férrea represión a la disidencia interna, aunado a una exacerbada retórica populista.

Todo ello generó un amplio respaldo entre los muchos estudiantes poco estudiosos, aunque fuera a costa de que descendiera de manera alarmante el nivel académico.

Su colaboración abyecta con el gobierno federal en ocasión de los disturbios populares y la consecuente crisis del año 1968, lograron que la de Guadalajara fuera la única universidad pública mexicana que permaneció al margen del conflicto y sus puertas se franquearan al presidente Gustavo Díaz Ordaz cuantas veces quiso.

Este hecho consolidó la hegemonía de la FEG con el respaldo oficial: generó buenas recompensas a sus miembros destacados, la protección de la comandancia militar y una buena cantidad de armas idóneas para su función. En un tiempo se hizo gran ostentación de los *vochos*, los relojes de lujo y las pistolas “escuadra” con que el presidente de la república obsequió el buen comportamiento de los “fegistas” y su fidelidad al régimen, su colaboración con los cuerpos represivos del Estado y haber sabido someter “a fuego é a sangre” (como decían los antiguos) a quienes habían intentado alterar la paz sepulcral que se vivía dentro y fuera de las aulas.

A partir de ahí, los exlíderes estudiantiles, además de ganar otras prebendas, accedieron a ser diputados estatales y federales y se convirtieron en altos funcionarios de la propia Universidad, removiendo con buenos y malos modos a todo aquel que ocupara un cargo de su interés, les pudiera ocasionar problemas o, simplemente, no se plegara a su voluntad.

Por otro lado, no podía ser de otro modo, la imagen de la Universidad ante la comunidad académica nacional se vino al piso y hubo de vivir prácticamente al margen de ella durante casi veinte años, con el consecuente daño a los quehaceres docentes y a la superación de los pocos catedráticos que tenían deseos de esmerarse.

En 1973, con ánimo de alcanzar la gubernatura, Ramírez Ladewig hizo que la FEG y la Universidad dieran un fuerte “viraje a la izquierda”, a la sazón conforme con la tónica del discurso oficial. Lo curioso es que la nueva retórica “socializante” no era esgrimida por la izquierda tradicional de la propia Universidad, sino por antiguos miembros de las huestes confesionales, religiosos de profesión o no, traídos de fuera de la Casa de Estudios.

La intención era congraciarse con el presidente Luis Echeverría, a cuya sombra, había surgido en Guadalajara un violento grupo opositor de la FEG, denominado Frente Estudiantil Revolucionario (FER), que habría de causarle no pocos dolores de cabeza a la FEG y de alterar sensiblemente la vida de los tapatíos. Llegó incluso a matar algunos de los cabecillas de la FEG, incluyendo a su propio presidente, un “joven” que contaba con 49 años de edad. El pie de cría de los rebeldes fue el grupo denominado Vikingos, cuya base principal se encontraba en el antiguo pueblo de San Andrés.

El mismo Ramírez, considerado eufemísticamente el “ideólogo” de la Universidad, fue asesinado en 1975 y, bajo el liderazgo simbólico de su hermano, aceptado por los expresidentes de la FEG como el fiel de la balanza, la Casa de Estudios siguió el camino por el que la llevó su misma inercia, durante unos años más.

La verdad es que la Universidad se repartió como un pastel. A cada “capo” le tocaron algunas escuelas y departamentos, donde hacían y deshacían a su antojo, haciendo valer, para amedrentar a los inconformes, la amenaza de perder el empleo o de acabar bien golpeado en un hospital.

Surgió así, en cada dependencia, la representativa figura del “conducto político”; esto es, el “corre, ve y dile” del “capo” correspondiente. Con el dicho conducto o con el propio *capo*, según la importancia de la decisión que quisiera tomar, tenía que entenderse el director de cada dependencia. El caso es que su albedrío y el de las instancias legales quedó sumamente constreñido por esta especie de “soviet”.

Durante la bonanza petrolera del sexenio de José López Portillo, a pesar de las fuertes limitaciones políticas que el gobernador Flavio Romero de Velasco (1977-1983) le pudo imponer al grupo de la Universidad en su exitoso afán por recuperar el orden alterado por las referidas confrontaciones, hubo recursos suficientes para enriquecer a varios universitarios y emprender diversas construcciones que aumentaron el patrimonio inmueble de la Casa de Estudios. En cambio, el creciente

menoscabo del nivel académico y del buen ánimo de la institución facilitó el notable desarrollo no sólo de la entonces casi cincuentenaria UAG, sino también del jesuita Instituto de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), fundado en 1957, y de otras instituciones también confesionales que cuajarían después.

El declive de la Universidad de Guadalajara, debido también a los bajos salarios y la escasez de alicientes, consecuencia del aumento desmedido de alumnos y necesidades, así como de la corrupción interna, provocó que los estudiantes y maestros más inquietos y estudiosos siguieran emigrando a la ciudad de México y a otros lugares, o incluso se afiliaran a otras instituciones de educación superior de la localidad. Ello ocasionó que la vida cultural de la entidad no se desarrollara igual que en otras partes de México; la pobreza en este aspecto que caracterizó a la vida tapatía durante los años sesenta, cuando incluso dejó de enseñarse la historia y la geografía de la región en las escuelas de todos los niveles, propició que fueran otras instancias las que constituyeran la base del despertar y el repunte que se inició en la década siguiente, a pesar de que la Universidad continuaba aceleradamente su declive, cada vez más alejada del quehacer cultural y del interés de Jalisco.

No fue sino hasta mediados de la década de los ochenta cuando la Universidad de Guadalajara dio señales de repuntar. Un pequeño grupo de jóvenes estudiosos que habían sido enviados a realizar estudios de posgrado fuera de casa empezaron a regresar y, a diferencia de épocas anteriores, pudieron hallar acomodo y no tuvieron que emigrar. Muchos de ellos, junto con algunas personalidades ya más maduras y de buena formación, pasaron enseguida a ser miembros del recién nacido Sistema Nacional de Investigadores (SNI), lo que abrió las puertas a financiamiento externo para trabajos y estudios muy formales, además de la docencia convencional.

Cuando en 1989, un grupo de ellos junto con otros universitarios asaz jóvenes y plenamente imbuidos de

una mayor vocación académica, tuvieron éxito en la competencia para ganar la rectoría y, posteriormente, triunfaron en la batalla por neutralizar las viejas fuerzas “gansteriles”, los buenos cambios empezaron a generarse. Representativo de la transformación que se gestaba fue el hecho de que el nuevo rector fuera cinco años más joven que el estudiante que a la sazón presidía la FEG.

Entre los cambios más notables que se llevaron a cabo, además de la creación de muchas preparatorias, puede señalarse el establecimiento de cinco grandes centros fuera de Guadalajara: Puerto Vallarta, Autlán, Ciudad Guzmán, Ocotlán y Tepatlán, a los que se sumaron después Ameca y Colotlán y, finalmente, Lagos.

No han dejado de presentarse confrontaciones menores entre las “viejas glorias”, más preocupadas por la fidelidad a los “capos” que por el quehacer intelectual, y los ya no tan jóvenes académicos; no obstante, a la larga han ido imponiéndose los nuevos criterios. Algunos añejos, con algo más que cualidades pugilísticas, incluso emprendieron estudios superiores. Otros han ido saliendo de la Casa de Estudios por un camino o por otro.

De gran importancia en la reanimación universitaria fue el hecho de que la añeja FEG fuese desplazada por la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU), de tesitura muy diferente, y se emprendiera un vasto programa para mejorar tanto los estudios regulares como las actividades de extensión, descentralizar los servicios, las funciones y las decisiones, y generar estímulos a quienes se dedican exclusivamente a labores de investigación y docencia.

Comparado con antaño, cuando la Universidad se hacía presente por su violencia, desgano y corrupción, el panorama actual resulta más alentador. Muestra de ello es la Feria Internacional del Libro (FIL), que tiene cuatro lustros, y el Festival Internacional de Cine en Guadalajara (FICG), que le va poco a la zaga. A ello debe agregársele una producción editorial y artística

de calidad y de muchos y muy variados estudios sobre la región.

Consecuentemente, entre otras cosas, tal revitalización ha contribuido a que Guadalajara vuelva a destacar en la geografía cultural de México y se asomen también otras localidades jaliscienses.

Una decisión dolorosa, pero importante para mejorar el trabajo en las aulas, fue la reducción del número de alumnos y disponer un mecanismo de admisión que tome más en cuenta las calificaciones y los conocimientos. Por lo tanto, el número de reprobados ha disminuido sobremanera y mucho más aun los casos de indisciplina, vandalismo y cualquier otra forma de alterar el orden. Aunque los hay todavía, los “fósiles” y las “gaviotas”, “golondrinas” y demás fauna han menguado de manera muy notable.

Vale señalar que la tendencia a incrementar los dineros de la Universidad, que se vio truncada a partir de 1995, se ha recuperado con el actual gobierno, pero aún sigue siendo muy bajo lo que se asigna por cada alumno.

Quizá, a pesar de lo que se ha dicho, el futuro no es alentador. Soplan aires del centro de nuestro país, contrarios a la educación universitaria pública y gratuita, cuya intensidad y duración total es muy difícil de prever. Pero de cualquier manera, se debe estar alerta. Es obligación de todos los universitarios estar conscientes y esforzarse por hacer las cosas mejor. Buenos resultados escolares, buenos egresados y buenos estudios, constituyen la base para que tal institución, ya con 88 años de vida –o 221, según se vea– siga influyendo más y mejor en la sociedad contemporánea.

Tengo para mí que muchos de los descabros y menospresos que hemos sufrido los jaliscienses en los últimos años y, sobre todo, esta falta de cohesión, identidad y respeto por lo propio que padecemos, se debe en buena medida al desastre de universidad que padecimos al menos desde 1970 hasta 1990.

Si mi idea es acertada, aunque sea en una pequeña parte, la consecuencia será que la Universidad actual, extendida a todo Jalisco y esforzada por modernizarse y mejorar tanto su planta física como la calidad de sus alumnos y maestros, deberá de coadyuvar a que Jalisco recupere en el futuro la prestancia que tuvo en tiempos antiguos.